



# Rosario Ilustrada

*Guía literaria de la ciudad*

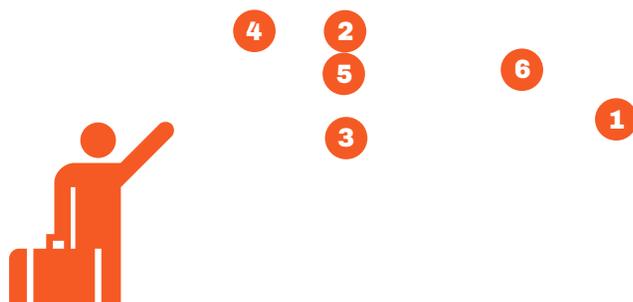


**1** La atmósfera provinciana que flota sobre la ciudad. **2** En una tarde bochornosa de noviembre de 1898. **3** Es una especie de café, confitería y refugio de tristes. **4** La sangre de las vidrieras corre por la calle al puerto. **5** Pasan cuatro Tóxicos en un Torino rojo cupé. **6** Todo comienza con unos maleantes corriendo por la bajada.

**Roberto Arlt** **Jorge Söhle**  
**Ada Donato** **Felipe Aldana**  
**Beatriz Vignoli** **Lilian Neumann**

# Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a

Ricardo Avaro  
Analía Capdevila  
Eduardo D'Anna  
Hugo Diz  
Elvio Gandolfo  
Francisco Garamona  
Daniel García Helder  
Alberto Giordano  
Diego Giordano  
Rafael Ielpi  
Jorge Isaías  
Jorge Malla  
Gladys Onega  
Judith Podlubne  
Agustina Prieto  
Roberto Retamoso  
Sylvia Saïtta  
Oscar Taborda  
Fernando Toloza  
Alberto Carlos Vila Ortiz  
Héctor Nicolás Zinni

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad  
© Editorial Municipal de Rosario 2004

*Edición general* Pedro Cantini  
*Compilación y edición* Martín Prieto y Nora Avaro.  
*Ilustración* Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta.  
*Diseño* Cosgaya, Diseño.

Esta edición se compuso con las fuentes *Rosario y Chivo*, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).

**:e(m)r;**

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

**C**uenta un poema incluido en esta Guía que Jesús entra a Rosario por Avenida Godoy, en un carro de verdulero, y abarca con un gesto la ciudad como quien dice “todo esto es mío” o “todo esto no existe”.

En el espacio que se abre entre lo que puede a un tiempo ser nuestro o no existir, es donde suceden la creación literaria y la ciudad que proponen estas páginas. La de los relatos que, al nombrarla, la inventan y le dan sentido.

Una de ochavas color de aluminio, melenas de trigo, colinas de hambre, torres inolvidables, casas de mala vida y cataclismos. La de muchos puertos y un solo puerto, manifestaciones de obreros y estudiantes, montañas y montañitas. La de las cosas que ya no son y perviven, o que nunca fueron pero bien podrían ser. La de las mejores y peores fantasías.

La ciudad abarcada por el gesto.

La ciudad imaginaria. La única real.

1

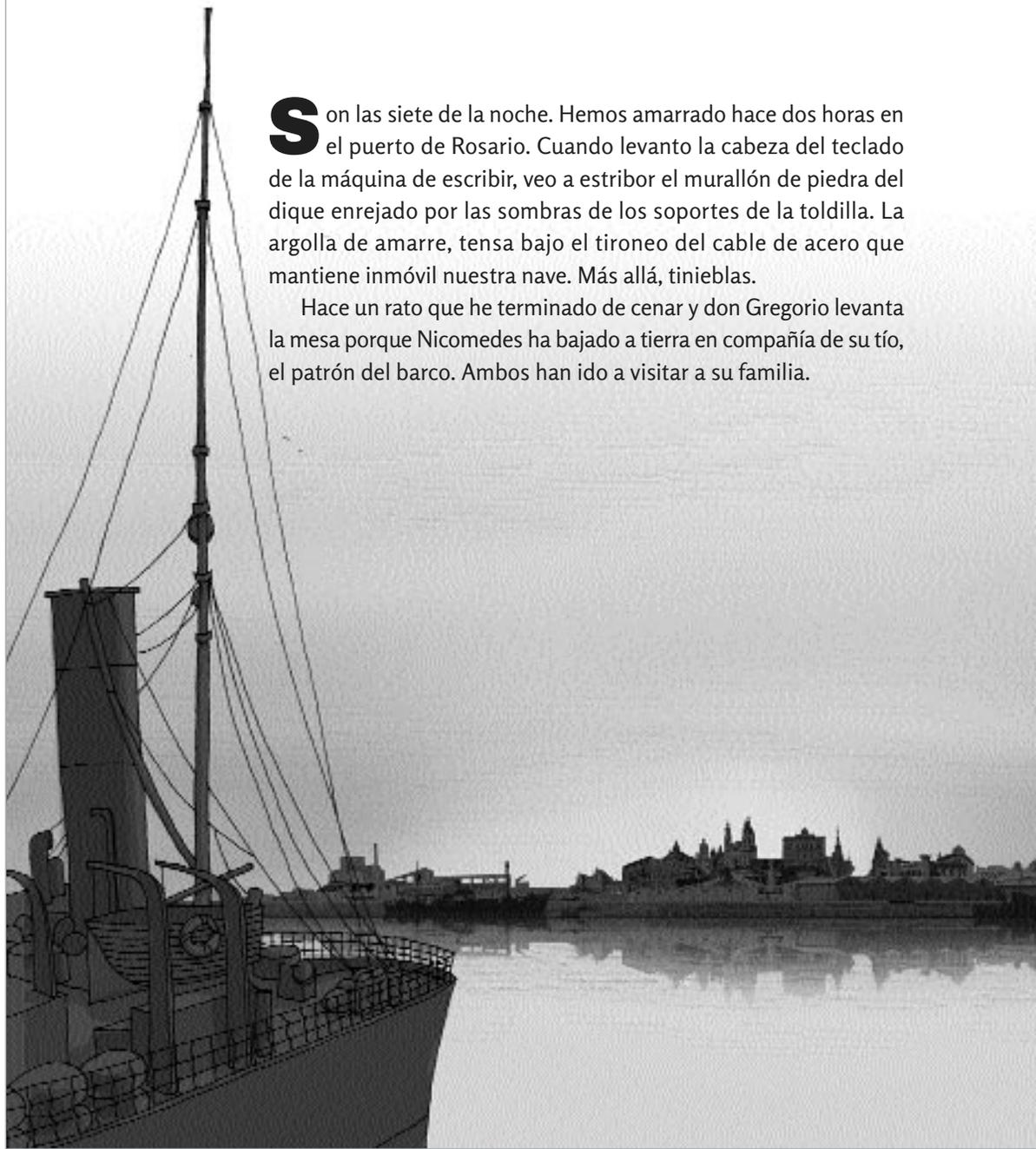
# Puerto

por Roberto Arlt

**S**on las siete de la noche. Hemos amarrado hace dos horas en el puerto de Rosario. Cuando levanto la cabeza del teclado de la máquina de escribir, veo a estribor el murallón de piedra del dique enrejado por las sombras de los soportes de la toldilla. La argolla de amarre, tensa bajo el tironeo del cable de acero que mantiene inmóvil nuestra nave. Más allá, tinieblas.

Hace un rato que he terminado de cenar y don Gregorio levanta la mesa porque Nicomedes ha bajado a tierra en compañía de su tío, el patrón del barco. Ambos han ido a visitar a su familia.

Roberto Arlt nació en Buenos Aires en 1900 y murió en la misma ciudad en 1942. Este fragmento pertenece a "Hombres de mar y hombres de tierra", publicado en "Aguafuertes Fluviales" del diario *El Mundo* (Buenos Aires, 13 de agosto de 1933).



Yo también bajé a tierra para desentumecer las piernas. Di unas cuantas vueltas por Rosario y en cuanto llegué a la primera calle absorbí, ávidamente, la atmósfera provinciana que flota sobre la ciudad y se refleja en sus ochavas pintadas de verde claro, aluminio o chocolate aguado.

Me he detenido a mirar parroquianos que aguardaban el turno en barberías encaladas, y también he saboreado el espectáculo de otros señores sentados en sillas junto a mostradores, conversando apaciblemente con los dueños o dependientes. He marchado como en tierra extraña a lo largo de veredas y calles más limpias que el paño de un billar, mirando amistosamente caras de mujeres desconocidas, y de pronto me he sentido marinero, comprendí la tristeza de navegar toda la vida, de estar alejado de las hermosas ciudades ¡porque las ciudades son hermosas aunque no lo creamos cuando estamos en ellas! Para amar a las ciudades hay que perderlas de vista durante treinta horas.



Entre agosto y setiembre de 1933, el máximo novelista argentino realizó un viaje en barco entre Buenos Aires y Corrientes. De esa experiencia surgieron sus “Aguafuertes Fluviales”; aparecidas en el diario *El Mundo* y que desde entonces no volvieron a publicarse.

**La atmósfera  
provinciana  
que flota sobre  
la ciudad**



## 2

## Córdoba y Libertad

por W. Inti

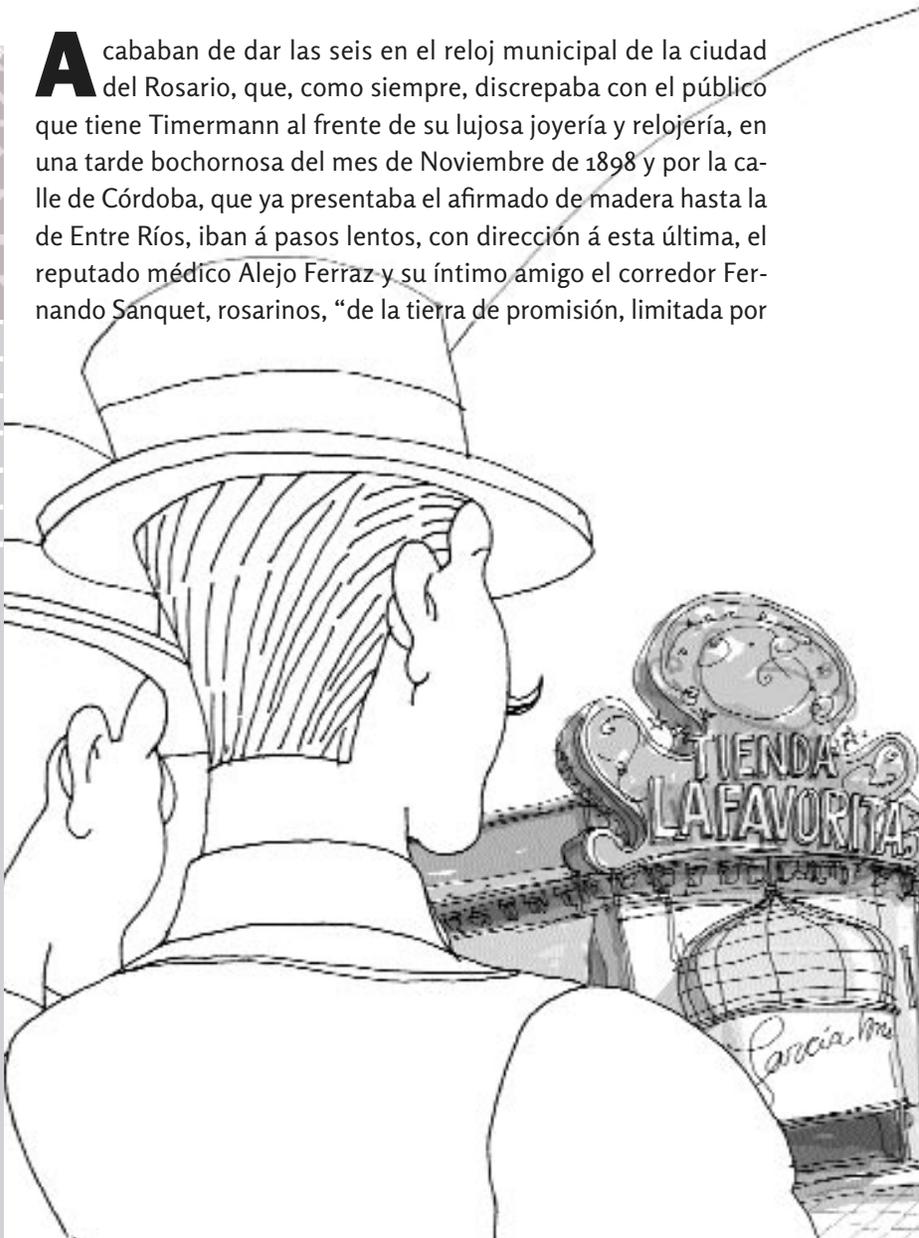
**A**cababan de dar las seis en el reloj municipal de la ciudad del Rosario, que, como siempre, discrepaba con el público que tiene Timermann al frente de su lujosa joyería y relojería, en una tarde bochornosa del mes de Noviembre de 1898 y por la calle de Córdoba, que ya presentaba el afirmado de madera hasta la de Entre Ríos, iban á pasos lentos, con dirección á esta última, el reputado médico Alejo Ferraz y su íntimo amigo el corredor Fernando Sanquet, rosarinos, “de la tierra de promisión, limitada por



**En una tarde  
bochornosa de  
Noviembre  
de 1898**



Inti es el dios del sol entre los incas. Y de la homofonía entre Söhle y Sol, surge el seudónimo (Inti) con el que Jorge Söhle firmó el 1º de marzo de 1901 la primera novela escrita por un rosarino cuya acción sucede en la ciudad de Rosario.



el Paraná, el Arroyito y el Saladillo”, y á la que, cuando más aceptan se le puede agregar, como algo que se les impone, que no pueden rechazar, la porción que limitan los Arroyos del Medio y el Carcarañal.

El primero de ellos, que había pasado de los treinta y cinco años, ya casado, con una chorrera de hijos y aun por su misma profesión, materialista, apática y egoísta, poco se preocupaba de los ocupantes de carruajes, ni de las niñas y señoras que cruzaban la calle.

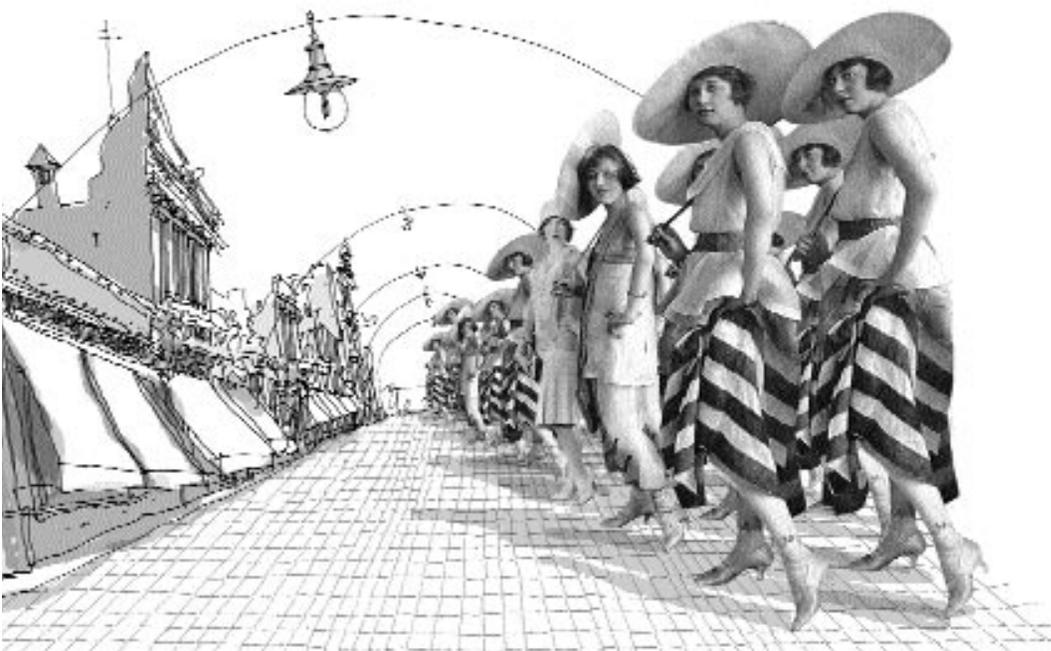
Sanquet, al contrario, era todo ojos y sin desatender la conversación sobre la próxima cosecha, los precios de cereales, los fletes, que diariamente le promovía su compañero, no perdía un chirrido de ruedas, ni un taconazo.

Era justo, joven aun, treinta años, viudo hacía tres con una sola niña, que acarrió la muerte de la madre, antes de los once meses de casada, tenía algo que esperar. Era codiciado por las presuntas suegras y advertido por las niñas casaderas.

Era un lindo tipo y su posición pecuniaria envidiable, pues si bien no tenía una fortuna, estaba en camino de hacerla.

Más bien alto, un metro setenta y cinco, delgado, pero bien formado, elegante por instinto y por costumbre, era su fisonomía atrayente desde el primer momento.

>>>



>>> Su cara ovalada, terminada en un pequeño hoyuelo, estaba coronada por una cabellera castaño-oscuro, rizada y que usaba partida á un costado, dejando ostentar la amplia frente, en la que apenas parecían perfilarse las entradas.

Sus rasgados ojos azules, á los que sombreaban abundante pestaña, eran claros y su mirada cariñosa, modesta y persistente, predisponía á su favor, haciéndose simpático desde el primer momento.

Un sedoso bigotito rubio, que llevaba en retorcidas puntas levantadas, á la austriaca, no ocultaba ni los rojos labios, ni impedía ver sus dientes pequeños y parejos, perfectamente cuidados.

Tenía predilección por sus manos, que verdaderamente eran preciosas; pequeñas, usaba el 6 <sup>1</sup>/<sub>2</sub>, blancas, satinadas, regordetas, sin un vello, un nudo, ni una vena visible; las cuidaba amorosamente, ocupándose tres veces al día de ellas y de las uñas, rosadas y perfectamente cortadas, donde, generalmente, tenía una manchita blanca, ese *porte-bonheur* natural, que él lucía con júbilo, con satisfacción, como otros un brillante de valor.

Vestido siempre á la última, odiaba todo lo que significase un dejo de rastaquerismo, siendo sus únicas joyas visibles, una cadanita de oro, lisa, sin ningún colgajo, que llevaba en los bolsillos superiores del chaleco, conteniendo una extremidad el reloj y la otra las llaves; y un anillo de oro viejo, el de compromiso, que era una monadita. Macizo, ancho, era cincelado en su parte exterior; palmas entrelazadas con flores “no me olvides”; una corona, que no tenía principio ni fin.

Llevaba esa tarde traje de pleno verano. Camisa blanca de batista con alforzas, pantalón blanco, cinturón ancho, imitando faja, negro, corbata negra, saco azul marino muy oscuro, sombrero de paja blanca con cinta negra, zapato rojo, del cuero llamado de Rusia y media de hilo de Escocia negra.

Llegaban á la esquina Libertad, donde, hasta hace poco tiempo, se encontraba la tienda “Buenos Aires”, cuando Sanquet, interrumpiendo á su amigo que le hablaba sobre el proyecto de mandar, en el próximo Marzo, á su hijo mayor á un Colegio Inglés, le dice:

—¿Quién es esa muchacha que viene con Sara Castillo? Acaban de salir de la “Favorita”. Cómo se ríen, parece fuera de nosotros. ¿Tendremos algo de ridículo?

## 3

# Mercado Central

por Ada Donato

**S**e había apoyado contra el mostrador de “La Cantábrica”. “La Cantábrica” era una especie de café, confitería y refugio de tristes que se levantaba a duras penas en una de las calles del mercado y que desapareciera con él en las fauces de las demolidoras.

Te ubicaste a una mesita de edad y color indefinidos sin sacar los ojos del hombre que cantara junto a los langostinos muertos.

Una vieja de guardapolvo, pelo y mirada blancos, demasiado blancos en esa sinfonía de grises y pardos te preguntó qué ibas a tomar.

Mientras esperabas la taza de café desmenuzaste ese ambiente que hacía tan bien el ambiente de Tango.

Creías que el pescadero había dicho que lo llamaban Tango desde siempre y que nadie sabía su nombre.

La parte interior de la vidriera limitada por flecos de felpa semicalva de un color castaño viejísimo tapaba a medias las latas de galletitas sin edad que se apilaban para ostentar en su cima las bandejas grises de cartón llenas de churros frescos.

Detrás del mostrador, en un rincón, el balde rojo para incendios enarbolaba dos plumeros ralos y la máquina express que en ese momento lanzaba un bufidito ahogado adentro de la taza adonde ibas a beber se resistía a reflejar en su panza de níquel la figura de Tango que apuraba el segundo vaso de vino.

Cuando Tango se volvió para salir a la calle te levantaste porque algo te ordenó llamarlo.

Tango se acercó.

Lo invitaste a que se sentara y te daba un poco de vergüenza haberte dejado llevar por ese impulso. Pero el olor a bueno que se desprendía de él te dio ánimos para seguir adelante. Era un olor a alcohol y cansancio.

La mirada no parecía ya tan vacía. Más bien perpleja.

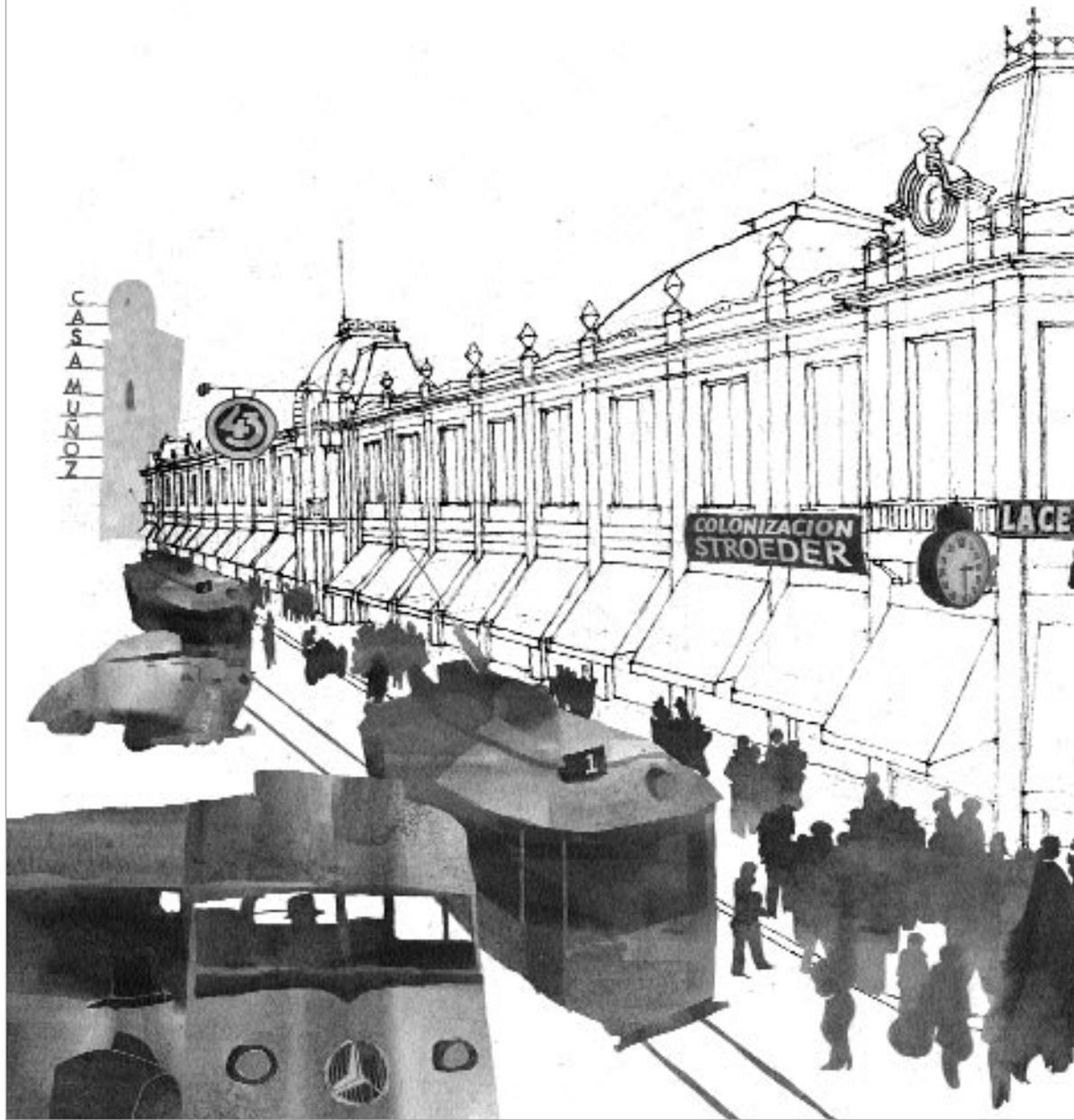


Donde hoy está la plaza Montenegro –que antes se llamaba Pinasco–, hasta comienzo de los 60 se levantaba la feria más grande de la ciudad. Un lugar donde era posible, en una misma tarde, comprar langostinos y acceder a los misterios del amor.

>>>

>>> ¿Qué le dijiste? ¿Que te había intrigado su facha?  
¿Que te había fascinado su voz? ¿Que lo había llamado porque  
te gustaba saber de la gente quizá porque temías y odiabas a la  
gente?

Afuera la corriente tupida de los que salían de sus trabajos desgajaba murmullos indescifrables de fatiga. Los tubos neón ponían



un fondo difuso a los guiños de los letreros luminosos y los canillitas gritaban su

fóbal y las carreras

mientras el eco de los pasos llegaba y se iba a través de la puerta de “La Cantábrica” que de vez en cuando tragaba a algún carnicero que hacía su escala antes de volver al hogar.

**Es una especie  
de café, confitería  
y refugio de  
tristes**



Ada Donato nació en Rosario en 1933 y murió en la misma ciudad en 2003. Este es un fragmento de su novela *El olor de la gente* (Buenos Aires, Falbo Librero Editor, 1965).

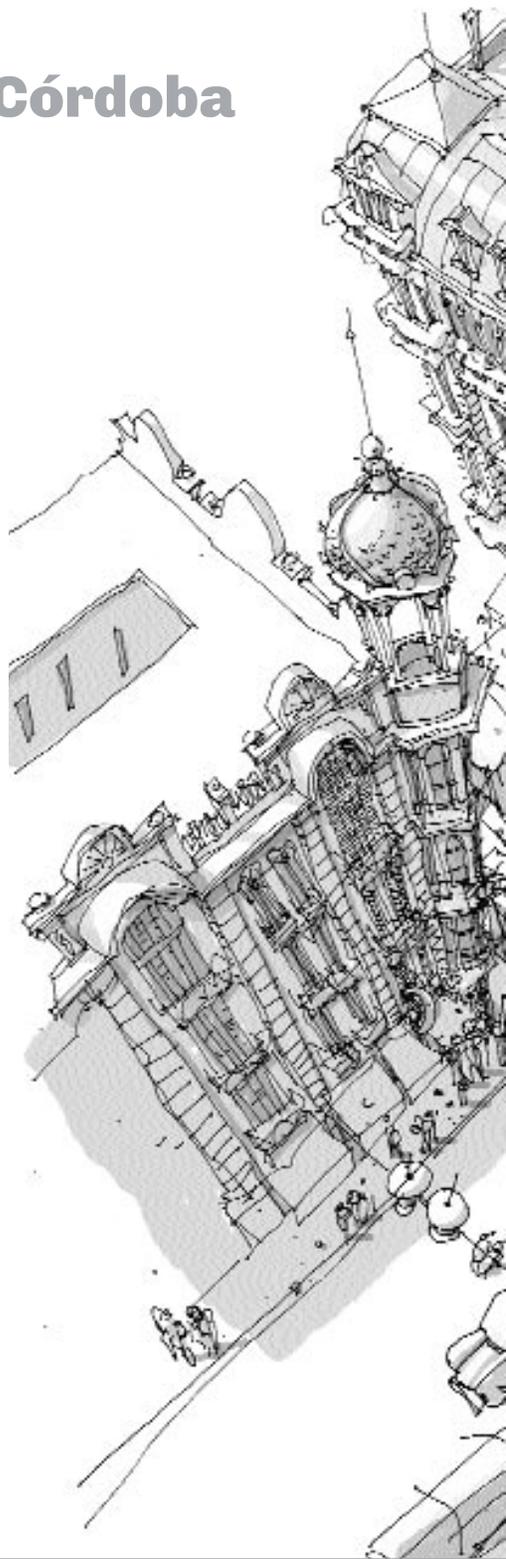
4

## Corrientes y Córdoba

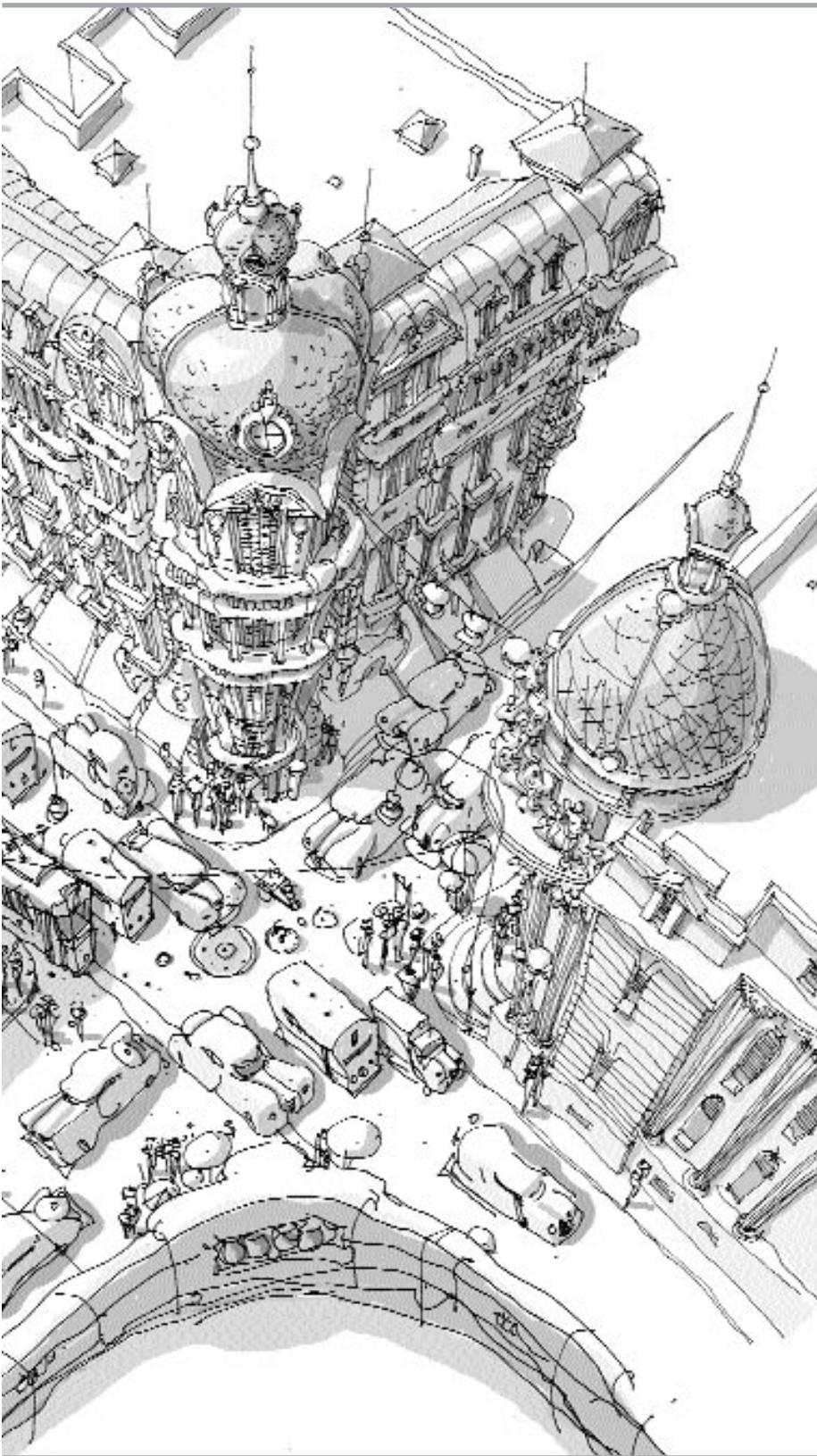
por Felipe Aldana

III

El centro de mi ciudad  
no tiene nada de centro.  
Nace cuando muere el sol  
dominado por letreros.  
Mientras la gente trabaja  
toda la ciudad es centro.  
En todas partes se encuentra  
el hombre de carne y hueso  
a pechazos con la suerte  
que siempre tiene algún pero.  
El centro de mi ciudad  
es hijo de los letreros,  
de los trajes bien planchados,  
de las corbatas de acero.  
La sangre de las vidrieras  
corre por la calle al puerto  
y en el agua se confunde  
con el cristal del espejo.  
Calle Corrientes señala  
a Calle Córdoba en vuelo:  
melenas de rubio trigo  
apresado en los pañuelos.



Felipe Aldana nació en Máximo Paz (Santa Fe) en 1922 y murió en Rosario en 1970.  
Este poema pertenece a su libro *Un poco de poesía* (Rosario, Centro de Estudiantes del Instituto Libre de Humanidades de Rosario, 1949).



La sangre de las  
vidrieras corre  
por la calle al  
puerto



Unos prehistóricos lentes de contacto que usaba en los años 40 el poeta Felipe Aldana le permitían, según él, “ver todo más brillante”. Lo cierto es que nadie miró el centro de la ciudad de todos los días como él.

## 5

## Sarmiento y Rioja

por Beatriz Vignoli

**C**uando llegamos a Sarmiento y Rioja, nos sentamos contra la vidriera de la óptica Suiza a esperar el 210. Se equivocan los que dicen que en esta ciudad no pasa nada. Pasa el tiempo. Pasan cuatro Tóxicos en un Torino rojo cupé con techo vinílico. Malos muchachos, con ganas de pegar, o bien de inculcarnos a golpes el odio a la vida —no olvidemos que ellos son nuestros mentores, nuestros ángeles guardianes, estos mesías de mangue-  
ra y cadena que están tan deseosos de completar nuestra educación, supongo, por la lentitud taciturna de serpiente con que el Torino pasa reptando a nuestro lado. El Droopy ni los mira. Yo sí, y creo reconocer en una de esas caras la del cana de civil que estuvo hace dos gin tonics atrás tomando un destornillador en el Georgie Pub & Pool.

Pero siguen de largo y doblan en Sarmiento: si el infierno tiene que caernos encima por sorpresa, no va a ser esta noche. Cuando el asfalto vuelve a quedar desierto, el Droopy arroja el pucho del último Parisienne al medio de la calle, catapultándolo con un castañazo de sus dedos pulgar e índice, como anunciando que su largo silencio está por terminar.

—El miedo los atrae —dice.

—¿Qué?

—El miedo los atrae, loco. Te huelen el miedo. Si no les tenés miedo no te pasa nada, loco. ¿Viste que siguieron?

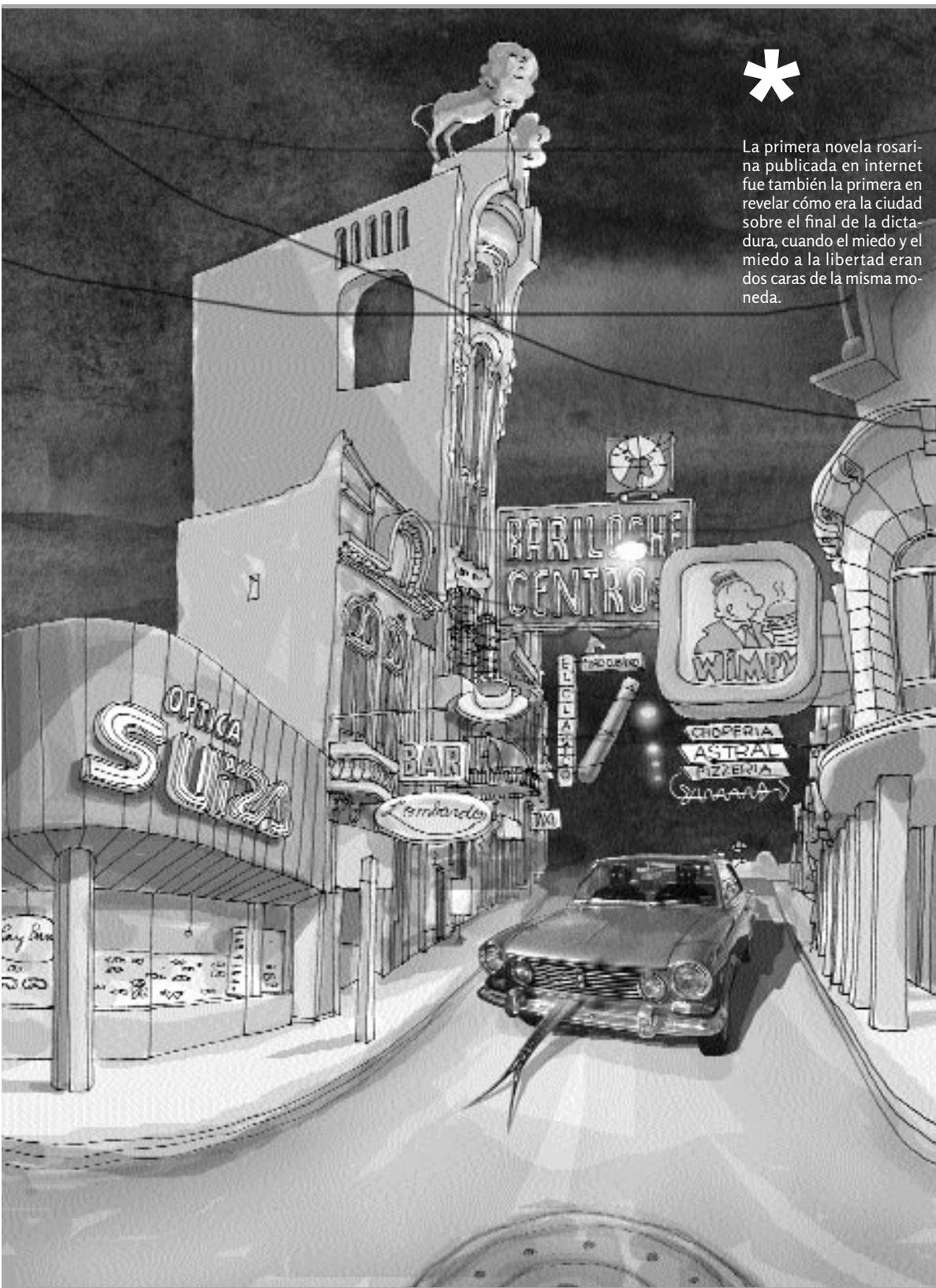
—Sí.

—Porque yo no les tuve miedo, loco. Y siguieron.

El cielo sigue igual, como si nada. El cielo y su color de vendas sucias. Y la luna opta por no meterse.

Pasan cuatro  
Tóxicos en un  
Torino rojo cupé





La primera novela rosarina publicada en internet fue también la primera en revelar cómo era la ciudad sobre el final de la dictadura, cuando el miedo y el miedo a la libertad eran dos caras de la misma moneda.

Beatriz Vignoli nació en Rosario en 1965. Este es un fragmento de su novela *DAF* ([www.poesia.com](http://www.poesia.com): <<http://www.poesia.com>> Nº 15, Buenos Aires, agosto de 2001).

6

# Monumento

por Lilian Neumann

Todo comienza con unos maleantes corriendo por la bajada

**E**l primo Eladio algunas veces me sentaba en la falda y me contaba un cuento. Eran cuentos entretenidos que evidentemente se los iba inventando a medida que hablaba. Comenzaba con unos maleantes corriendo por la bajada del Monumento a la Bandera, los policías que iban detrás, hasta que ellos lograban despistarlos, sólo que uno tropezaba y se iba a dar de cara, de jeta, decía el primo, y las tías gritando Eladio, no le cuentes esas cosas a la



El que miente, en general, es el tío; de ahí lo del “cuento del tío” como una forma de la picaresca y de la estafa. Este cuento del primo, en cambio, da rienda suelta a una fantasía extendida entre no pocos rosarinos.

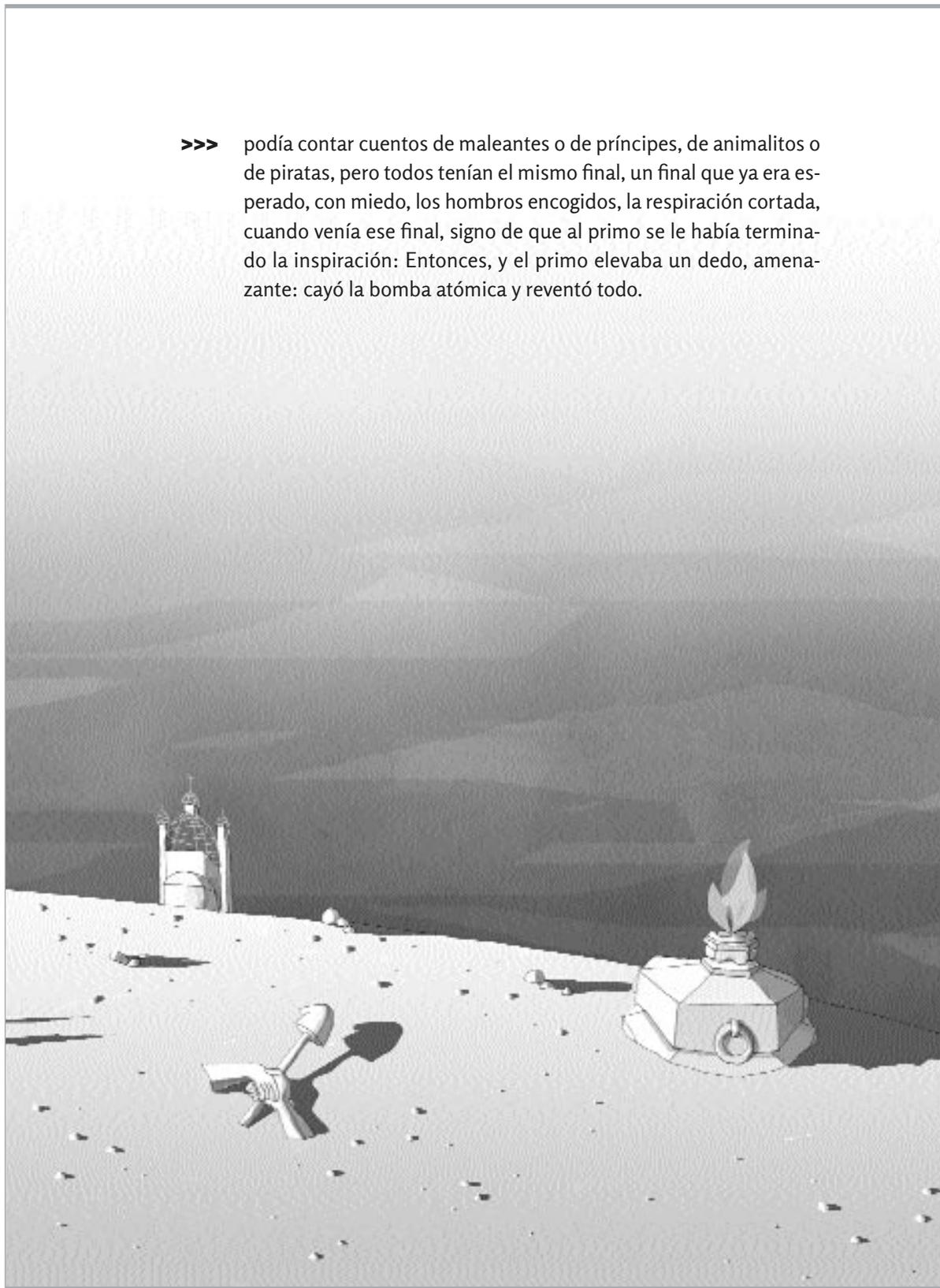
Lilian Neumann nació en Rosario en 1960. Este es un fragmento de su novela *Levantar ciudades* (Barcelona, Ediciones Destino, 1999).

criaturita, la va a traumatizar, comentaba la prima Bibi, de jeta, seguía él, ¿y qué le pasaba? ¿Qué le pasaba? Suspense, Eladio pensaba, yo también: se quemaba toda la cara en la llama de la tumba del soldado desconocido. Toda la familia gritaba, qué horror, qué horror, la tía Antonia se enojaba porque me estaba asustando, pero ahora los otros maleantes habían subido al ascensor de la torre del Monumento, subían a toda velocidad, cada vez más rápido, pero entonces ¿qué pasaba? Que el cable del ascensor se cortaba, todos los maleantes precipitándose desde la cima hacia abajo, el cordón policial con el hombre desfigurado esposado, chorreando sangre y carne podrida esperando abajo y entonces y entonces. Entonces... Y ése era el momento esperado. Porque el primo Eladio

>>>



>>> podía contar cuentos de maleantes o de príncipes, de animalitos o de piratas, pero todos tenían el mismo final, un final que ya era esperado, con miedo, los hombros encogidos, la respiración cortada, cuando venía ese final, signo de que al primo se le había terminado la inspiración: Entonces, y el primo elevaba un dedo, amenazante: cayó la bomba atómica y reventó todo.



## **Rosario Ilustrada**

*Guía literaria de la ciudad*



# **En el próximo número**

**Arturo Cancela Rosa Wernicke**

**Jorge Isaías Rubens Bonifacio**

**Patricia Suárez Crash Solomonoff**

## **Recorrido 2 de 10**

**Aparece en la primera quincena de julio**

# Rosario Ilustrada

**Guía literaria de la ciudad**

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española  
“Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso de la Lengua Española  
“Identidad lingüística y globalización”

**:e(m)r;**

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO  
SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)